

(Mitologías Antiguas: India 17, 18, 19, 20)

RAMA Y HÁNUMAN

5º

La matanza de los demonios

En la siguiente historia, van a escuchar muchísimo sobre espíritus malignos; espíritus que pueden cambiar su figura y se deleitan sencillamente en dañar a la gente. Los cronistas hindúes llamaban a estos malos espíritus rákshasas pero nosotros los llamaremos demonios, el nombre usado en la mayoría de los cuentos de otros países.

Había una vez hace mucho tiempo, cuando estos demonios o diablos, tenían terribles poderes en la India. Los brahmanes en sus oraciones, los campesinos en su trabajo y los guerreros en sus entrenamientos nunca estaban a salvo de sus ataques. Así la gente de la India pedía a los dioses que pusiesen fin a estos diabólicos poderes.

Todos los dioses fueron a Brahma, el altísimo, y dijeron:

—“¿Por qué dejas a los demonios que hagan todo lo que quieren? Nosotros, los dioses buenos, ¿no estamos aquí para proteger la Tierra?” Pero Brahma contestó:

—“El rey de los demonios, Ravana, una vez hace mucho tiempo, se ganó de mí un favor. El favor fue que ningún dios u otro espíritu lo derrotaría o mataría nunca. Así ninguno de vosotros desearía pelear contra él”.

Los dioses estaban muy consternados por esto y gritaron:

—“Pero si ningún dios o espíritu puede pelear contra Ravana, ¿quién puede detener toda la maldad que está yendo por el mundo?” Y Brahma contestó:

—“El malvado Ravana pidió solamente que ni dioses ni espíritus le dañasen, pero, en su orgullo él no mencionó a los seres humanos. Ravana cree que los seres humanos son débiles y criaturas miserables. Pero de entre ellos nacerá un héroe, quien querrá, después de una gran pelea, ponerle fin a Ravana. Y está cerca el momento en que nacerá ese héroe”.

Poco después, el héroe, cuya llegada Brahma había prometido, nació como el hijo de Dasaratha, un gran y poderoso rajá o rey. Fue llamado Rama y tenía cuatro hermanos mayores.

Pero los hermanos del príncipe Rama no pudieron competir con él, peleando con espadas o arcos y flechas, en cabalgar sobre caballos o elefantes, o en el conocimiento de los poemas santos los cuales todos debían aprender.

Cuando Rama tenía sólo dieciséis años, un hombre santo, un brahmán, llegó donde su padre y le dijo:

—“¡Oh, rey! Por muchos años yo he vivido en el bosque tratando de gratificar a los dioses con constantes plegarias y sacrificios. Pero no puedo seguir mi trabajo porque los demonios, mandados por su rey Ravana, distraen mis plegarias y saquean mis sacrificios tirando suciedad en el fuego”.

—“He oído que la gente elogia a tu hijo Rama, como uno con fuerza y coraje. Déjalo que venga conmigo y eche a los demonios”.

Aunque el rey no estaba feliz de mandar a su joven hijo a pelear contra los demonios no rehusó al brahmán. Así Rama y uno de sus hermanos, Lákshmana, que lo tenía en buen aprecio, fueron con el brahmán hacia la espesura. Apenas habían llegado cuando los demonios aparecieron. Algunos tenían cabezas de tigre pero alas de pájaro, mientras otros tenían caras como hombres, aunque con cuerpos de serpientes. Y aún había otros que tenían diez brazos y cuernos en sus cabezas.

Desde arriba en el aire y desde abajo en la tierra, aquella horrible muchedumbre venía croando, aullando y dando alaridos, que hasta hombres bravos habrían tenido miedo. Pero no así Rama y su fiel hermano Lákshmana.

Con espada en mano Rama fue a encontrarse con los demonios. Golpeaba a derecha e izquierda y donde golpeaba un demonio caía. En vez de darle miedo a Rama, los demonios tenían miedo de él. Se dieron vuelta y huyeron y fueron al encuentro de su rey, Ravana, para decirle lo que había pasado.

Después de poner a los demonios en fuga, Rama le preguntó al brahmán si había alguna cosa más que pudiera hacer por él. El hombre santo dijo:

—“No, pero te estoy muy agradecido y creo que sé de otra tarea más placentera que pelear contra demonios y monstruos. Me gustaría que vinieras conmigo a ver a Yanaka, el rey de Videja. Él tiene un arco que nadie antes ha sido capaz de doblar y él dará a su hija al hombre que pueda hacerlo”.

Así Rama y su hermano Lákshmana fueron con el brahmán al país de Videja. Y cuando el príncipe vio a Sita, la hija del rey, se puso muy contento porque nunca había visto a una mujer de tal belleza.

Entusiasmado, Rama tomó el arco grande y pesado y tiró de la cuerda. Comenzó a combarse, más y más hasta que hubo un ruido como de un trueno y el arco, con un chasquido, se rompió.

Yanaka, el rey de Videja, el padre de la hermosa Sita, estaba muy agradecido, pues él no hubiese deseado un mejor yerno que Rama, el príncipe e hijo de un gran rajá.

Y así fue celebrada una gran boda. Entonces Rama y Sita viajaron de regreso hacia su padre que estaba gozoso de que su hijo hubiera derrotado a los demonios y ganado tan noble y hermosa esposa.

Pero su felicidad no iría a durar mucho tiempo. La madre de Rama había muerto cuando él era aún muy pequeño y su padre Dasaratha se había casado con otra mujer, Kaikeyi.

Ahora esta reina, la madrastra de Rama, tenía un hijo llamado Bharata, ella quería que su hijo fuera rey un día, en vez de Rama. Cuando la madrastra oyó que el viejo rey iba a anunciar a todo el país que Rama, el mejor de sus hijos, sería rey después de él, ella casi estalló de rabia. Fue al rey y le dijo:

—*“Debo recordarte a ti de algo que me habías prometido hace algunos años.*

¿Recuerdas la gran batalla que peleaste contra los enemigos que habían invadido nuestro territorio? Fuiste golpeado por una flecha y tus soldados creyeron que estabas muerto.

Cuando yo oí las noticias, me apresuré al campo de batalla y te encontré, te saqué la flecha y vendé tu herida, y así salvé tu vida; y en ese entonces tú dijiste que me concederías dos deseos”.

—*“Todos estos años no te he pedido favores especiales, pero ahora te los pido”.*

El rey pensó por un momento y entonces contestó:

—*“Es verdad. Lo prometí y nunca romperé una promesa que haya hecho”.*

La madrastra sonrió y dijo:

—*“Escucha, estos son mis dos deseos: quiero que mi hijo Bharata, sea anunciado como el futuro rey y quiero que Rama sea enviado a vivir al bosque durante catorce años”.*

Eso fue un duro golpe para el rey, quien amaba a Rama, pero no pudo romper la promesa que había hecho.

Cuando la madrastra se retiró, el rajá llamó a Rama y le contó lo que había ocurrido. Pero Rama no estaba en absoluto desilusionado ni enojado, y le dijo:

—*“Mi rey debe ser fiel a su promesa y me iré lo más pronto al bosque para no darle más problemas a nadie en mi familia. No estés triste, padre, estoy más bien contento de ir a vivir catorce años en el bosque”.*

Sin embargo el hermanastro Bharata, para quien la madre había hecho todo esto, también amaba a Rama. Cuando escuchó lo que había ocurrido, se apresuró a decirle a Rama que él no había sabido sobre el plan de su madre, ni había deseado tomar el lugar de Rama. Pero el príncipe le dijo:

—*“No estoy contrariado contigo o con tu madre. La promesa de mi padre debe ser mantenida. Yo iré a vivir al bosque”.*

Aunque Rama tenía planeado de pasar esos catorce años solo, Sita no quiso apartarse de él. Así, ella también abandonó el palacio y fue a compartir la dura vida en la jungla. Pero si hubiera sabido lo que le estaba reservado para ella, hubiera preferido dejar ir solo a Rama.

Hánuman viene al rescate

Rama, Sita y Lákshmana, el hermano fiel, entraron bien adentro del bosque, donde no tenían otra compañía que los animales de la jungla. La mayoría de los animales se protegían alejados de los seres humanos, pero no los monos.

A los monos les gusta imitar a la gente y aquéllos del bosque donde Rama, Sita y Lákshmana vivían bajaban de los árboles y saltaban. Con el tiempo Rama y Sita se hicieron grandes amigos con ellos y aún entendían su idioma. Y esta amistad sería una gran dicha para Rama.

Ocurrió de esta manera. Recuerdan que Ravana, el rey de los demonios, que no podía ser muerto por dioses o espíritus, había jurado la venganza de los demonios que Rama mató. Ahora que Rama estaba en el bosque, el rey demonio supo que la hora había llegado.

Uno de sus demonios tomó la forma de un venado con un pelaje del color del oro. Por supuesto había muchos ciervos en el bosque, pero cuando el ciervo dorado caminaba entre las profundas plantas verdes y árboles, era como si una luna dorada estuviera brillando entre las hojas. Cuando Rama vio al ciervo, pensó:

–“¡Qué maravilloso regalo sería para Sita un ciervo de piel dorada! Ella hace mucho que no tiene las ricas ropas de una princesa, tiene que vestirse con pieles de animales, pero la piel de este ciervo es más hermosa que la más fina seda.”

Se apuró a volver a la choza que habían construido y tomó su arco y flecha. Antes de salir le dijo a su hermano Lákshmana:

–“Voy a ir a cazar un hermoso ciervo de oro. Quédate aquí y cuida de Sita. Cualquier cosa que pase, no debes dejarla sola hasta que yo vuelva”.

Así Rama fue detrás del ciervo dorado. Pero siempre que se acercaba lo suficientemente cerca para disparar su flecha, el animal daba de repente un salto y se perdía de vista. Rama se fue alejando más y más lejos de su choza hasta que estuvo a muchos kilómetros de distancia, en lo profundo del bosque.

Entonces el demonio convertido en ciervo cometió el error de esperar demasiado antes de desaparecer. Rápido como un rayo voló la flecha y lo golpeó.

Ante los ojos de Rama el ciervo dorado se transformó en un monstruo con la cabeza de cocodrilo y cuerpo de una gran serpiente. Estaba muriendo echado en el piso, pero de repente, con un último aliento, el demonio gritó con la voz propia de Rama:

–“Ayúdame, Lákshmana, socorro”. Gritó tan fuerte que pudo ser oído en la lejanía hasta la choza. Entonces el demonio murió.

Cuando Lákshmana escuchó aquel terrible grito en la voz de su hermano, olvidó su promesa, arrebató su arco y flecha y corrió hacia el bosque.

Tan pronto como él había salido a tratar de encontrar a su hermano, un ermitaño llegó a la choza. Sita, que sabía que los hombres santos debían ser tratados con gran respeto, lo

invitó a entrar. Pero el ermitaño no era otro que Ravana, el rey de los demonios, que se había astutamente cambiado en la forma de un humano.

Cuando Sita puso un cuenco de leche delante del ermitaño, él la miró con una extraña sonrisa y dijo:

—*“Hermosa mujer, ¿te gustaría venirte conmigo?”*

Sita preguntó asombrada:

—*“¿Qué quieres decir? Nunca dejaré a mi esposo, el noble Rama”.*

El ermitaño entonces dijo:

—*“¡Oh, sí, sí, Tú querrás!”*

Y él cambió su figura frente a sus ojos. Para su horror, ella vio en vez del ermitaño, a un monstruo de cien cabezas saliendo de su cuello y veinte brazos que se extendían para agarrarla. Entonces fue arrastrada fuera de la choza hacia un carruaje tirado por burros alados, que estaban esperando afuera.

Tan pronto como estuvieron ambos en la carruaje, los burros extendieron sus alas y se elevaron muy alto sobre la jungla. Sita, en su desesperación, tomó el velo que llevaba puesto y lo tiró fuera del carruaje.

Abajo, en la jungla, cinco monos en el pico de una montaña vieron el carruaje de Ravana arriba en el cielo y recogieron el velo que flotaba debajo de él.

Mientras tanto Rama estaba volviendo después de matar al ciervo dorado, el cual, resultó realmente un demonio cuando murió. Cuando vio a Lákshmana viniendo a través de la jungla, se preguntó por qué su hermano había dejado sola a Sita sola en la choza. Se dijo: -

—*“¿Qué estabas haciendo en el bosque?”*

El corazón de Rama estaba lleno de miedo y los dos se apuraron a volver. Cuando llegaron, la choza estaba vacía. Rama no sabía dónde había ido Sita o qué le había ocurrido con ella.

Ambos, Rama y su hermano, estaban desesperados. Abandonaron la choza e iniciaron la búsqueda por todos lados en el bosque algún rastro de Sita. Finalmente llegaron a las montañas y encontraron a los cinco monos que habían agarrado el velo de Sita.

Los monos les contaron que era Ravana, el rey demonio, quien se la había llevado. *¿Pero dónde se la había llevado Ravana? ¿Y cómo podían Rama y su hermano pelear solos contra el rey de los demonio, que tenía miles de horribles monstruos y malos espíritus como sirvientes y guerreros?*

Parecía como si no hubiese más esperanzas para Rama; que nunca más vería a la hermosa Sita. Entonces, los cinco monos dijeron:

—*“Vengan con nosotros a ver al rey de todos los monos. Si él está dispuesto a ayudar, entonces miles y miles de monos de toda la jungla de India, estarán de vuestro lado”.*

Así Rama y su hermano siguieron a los monos hacia una gran caverna. Dentro de ésta había un mono muy grande con pelo blanco y una mirada inteligente en sus ojos. ¡Este era el rey de todos los monos! Cuando escuchó la historia, dijo:

–“Yo y toda mi gente ayudaremos, y ustedes tendrán un ejército de monos que lucharán de vuestro lado. Estoy demasiado viejo para tomar parte en la guerra contra los demonios, pero les daré al más fuerte, rápido y más astuto de mis monos para dirigir el ejército y hacer cualquier cosa que quieran que él haga. Su nombre es Hánuman”.

Por orden de su rey, cientos de miles de monos vinieron saliendo de todos los bosques de la India. Su dirigente, Hánuman, no solamente era fuerte e inteligente, sino que él también tenía poderes mágicos. Y Hánuman les dijo a los monos:

–“Vayan por todas las montañas y bosques de la India y busquen por todos lados a Sita, la esposa de Rama”.

Hánuman también la buscó. Cuando llegó a la orilla del mar escuchó a la gente hablando sobre una isla alejada de la costa, donde ni pescadores ni marineros atracarían porque estaba habitada de monstruos malos. Y pensó:

–“Seguramente, esta será la guarida de Ravana.”

No había ningún barco que lo llevara hacia allí. Entonces Hánuman clamó a los dioses por ayuda. Dio un poderoso salto, muy alto, y aterrizó en la isla. Ésta estaba rodeada por todos lados por altas murallas, pero saltó sobre ellas fácilmente y se encontró en un hermoso jardín con flores y árboles frutales.

Hánuman rápidamente subió a un árbol frutal y esperó. Al principio solo vio a demonios con cuernos o largas orejas en sus muchas cabezas pero no se percataron de él. Entonces él vio a un ser humano, una mujer con una cara hermosa pero llena de tristeza. Hánuman pensó que esta debía ser Sita. Cuando ella caminó bajo el árbol, le susurró:

–“Sita, soy un mensajero de tu esposo Rama. Levanta el ánimo porque pronto estarás libre”.

Sita miró hacia arriba, lo vio y sonrió por las buenas noticias. Pero los demonios la vieron detenerse y escucharon al mono, y antes de que Hánuman pudiera hacer uno de sus grandes milagros, fue apresado, bajado y arrastrado ante Ravana.

Un ejército de monos

Los demonios habían apresado a Hánuman y gritando de alegría arrastraron a su prisionero dentro del gran palacio donde el espantoso Ravana tenía su corte. Sita también fue empujada ante el trono de Ravana.

Cuando el rey demonio vio al mono sus diez caras se elevaron en una feroz sonrisa. Y una cabeza que se parecía como un buitre, dijo:

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

—“No tengo dudas de que este mono es un espía enviado por Rama. ¡Pero trataremos a este espía como lo merece! Traigan una antorcha encendida y le prenderemos fuego a la cola del mono”.

Cuando Sita escuchó lo que Ravana tenía planeado hacerle al general de los monos, que se había arriesgado para salvarla, su corazón se llenó de dolor y pena. Silenciosamente rezó al fuego y dijo:

—“¡Así como soy fiel a mi esposo Rama, así tú, fuego, sé frío para la cola de Hánuman y no le hagas daño!”

Mientras tanto, un sirviente demonio había traído una antorcha encendida a Ravana. Tomó la antorcha y todos los demonios se reían con deleite cuando la puso en la cola del mono. El pelo de la punta de la cola de Hánuman prendió fuego inmediatamente. Pero la plegaria de Sita había sido oída. Hánuman no sintió dolor y aunque su cola estaba en llamas, ni un simple pelo fue chamuscado. Sin embargo, las llamas y chispas asustaron a los dos demonios que sostenían a Hánuman por los brazos y lo soltaron.

En cuanto las garras de los demonios lo dejaron libre, el mono dio un gran salto a través de una ventana abierta. Su próximo salto fue subir al techo del palacio, donde tocó las vigas de madera con su cola encendida. En un instante el techo y el palacio estaban en llamas.

Gritando y chillando Ravana y sus demonios salieron del palacio en llamas pero el fiel mono no huyó. Se quedó en el techo hasta que pudo ver a Sita que también escapaba de las llamas. Entonces Hánuman hizo otro de sus grandes saltos, justo cuando el techo se desmoronaba debajo de sus pies, un salto hacia el mar, donde el agua apagó el fuego de su cola. Ni un pelo se le había dañado.

El mono trepó a una roca en la playa y dio otro gran salto a través del mar hacia la India. Se apresuró a buscar a Rama y le dijo que había encontrado a Sita prisionera en la Isla de los demonios. Rama agradeció a Hánuman por haberlo servido tan fielmente.

Ahora que sabía dónde estaba Sita, el vasto ejército de monos se alistó para la gran batalla contra Ravana y sus demonios. Y era impresionante el ver a Rama, Lákshmana y Hánuman guiando a un ejército de cientos de miles de monos, pues estos soldados no marchaban formados en líneas rectas, sino que brincaban y saltaban y se trepaban a los árboles y se colgaban de las ramas por sus colas. Pero a pesar del desorden, se movían muy rápidamente hacia el mar.

Sin embargo, Rama no tenía barcos para llevar a su gran ejército a la isla de los demonios y solamente Hánuman podía saltar tan lejos. Así que Rama invocó al dios del océano a que viniera a ayudarlos.

En respuesta a su plegaria, las aguas comenzaron a agitarse, como si todo el océano estuviese hirviendo. Al final, por encima de la espuma apareció una cabeza verde enorme con el cabello y barbas de hierbas de mar. Era el dios del Océano y dijo:

—“Cada elemento tiene sus propias leyes y la ley del agua del océano es que no puede quedarse quieta y de que tiene gran profundidad. Yo no puedo parar a las aguas para ti y no

puedo hacer que se seque el mar pero sí puedo hacer una cosa: voy a ordenar a las olas de que sostengan cualquier cosa, piedras, rocas, tierra, pasto o arena –como si fueran madera y no se hundan. Diles a tus monos que construyan un camino de piedras a través del agua y yo lo sostendré”.

Habiendo dicho esto el dios del Océano se sumergió otra vez a las profundidades de donde había venido y que ningún hombre ha visto jamás.

A la orden de Rama, los monos comenzaron a trabajar. Ya no había más saltos y brincos porque ahora había un trabajo real para hacer, y tenía que hacerse rápido antes que Ravana y sus demonios pudieran venir e interrumpirlo.

Así cientos de miles de monos transportaron rocas y piedras y arena y tierra. Y en cuanto las tiraban al agua no se hundían sino que quedaban en la superficie flotando como madera para formar un puente angosto.

En la mañana del tercer día, Ravana, el rey demonio, vio una gran hueste de monos viniendo desde el poniente hacia su isla fortaleza. Había tantos que ni siquiera pudo contarlos, y el ruido que hacían era como el sonido de cientos de cascadas. Por el momento el dios demonio no pensó que había peligro. Él tenía un feroz ejército de demonios y monstruos y los convocó para que echaran al ejército de monos.

Los buenos monos avanzaban escalando los muros y peleando contra los demonios con piedras, rocas y pesados palos. Pero los demonios arremetían con garras y afilados dientes y muchos de ellos tenían muchas armas para pelear.

El aire estaba repleto de un ruido terrible y la tierra estaba pronto cubierta con los cuerpos de los demonios y los monos muertos. El mar alrededor de la isla se tornó rojo con la sangre derramada en la pelea. Durante el día los monos sacaban ventaja y mataban a muchos monstruos. Pero en las horas de la noche, cuando los demonios son más fuertes, ellos no solamente mataban miles de monos, sino que caían sobre los muertos y los devoraban.

Pronto Rama, Lákshmana y Hánuman se unieron a la batalla y, donde ellos peleaban, los demonios eran desparramados como hojas en una tormenta.

Ravana, el rey demonio, empezó a temer que perdería y pensó: *“Las cosas se están poniendo negras para mí, debo pedirle ayuda a mi hermano”.*

El hermano de Ravana, Kúbera, cuyo nombre significa “cuerpo deforme”, era el gigante más grande entre todos los demonios. Pero era también el más perezoso. Kúbera dormía durante diez meses, y al final, cuando se despertaba, comía y comía y se saciaba hasta que no podía comer más. Entonces se volvía a echar y se dormía otra vez. Aunque si podía ser despertado y levantado era el más grande y el más terrible luchador.

Kúbera había estado dormido durante nueve meses en una inmensa caverna. Dormía roncando en la profundidad y ni aún todo el ruido de la batalla podía levantarlo. Aún así Ravana decidió que lo despertaría.

La flecha mágica de Rama

Ravana y una horda de sus demonios se hicieron camino a la caverna, donde Kúbera estaba dormido. Estaba echado como una montaña, y la respiración que provenía de su boca abierta era como un vendaval.

Los demonios pronto trajeron pilas de comida, tan altas como casas, y grandes baldes de sangre para que él bebiera. Entonces comenzaron a soplar trompetas, golpear tambores, y a gritar y vociferar. Hicieron tal ruido que los pájaros que volaban sobre la caverna caían muertos de miedo. Pero Kúbera seguía durmiendo.

Entonces los demonios tomaron palos y golpeaban al gigante dormido. Otros tomaron agua hervida y la tiraban sobre él. Otros gritaban en sus oídos. Pero Kúbera seguía durmiendo.

Finalmente Ravana trajo elefantes y después de haberlos puesto sobre el gigante, Kúbera comenzó a pestañear. Entonces él bostezó y todos los elefantes huyeron de miedo por la tormenta que salía de su boca.

Cuando Kúbera, el más haragán de los demonios, se sentó, vio la pila de comida y los baldes llenos de sangre esperando por él. Se puso a comer y beber hasta que no quedó nada.

Cuando terminó bajó otra vez su cabeza, listo para recomenzar otros diez meses de descanso. Pero Ravana y los otros demonios le gritaron, le contaron lo que había pasado y le pidieron su ayuda. Entonces Kúbera dijo:

—*Bien, yo voy a tener un festín de comida de mono y también me voy a comer a Rama y a Lakshmán, también*”.

Se levantó y era como una montaña andando. Cuando Kúbera caminó hacia la furiosa batalla, aun los más bravos monos sintieron terror. Con sus grandes garras agarraba un puñado de veinte o treinta monos a la vez, se los llevaba a su boca y los tragaba.

Rama vio al gigante monstruo y le disparó una flecha de su arco, que cortó el brazo derecho de Kúbera. La siguiente flecha le cortó su brazo izquierdo. Y la tercera le cortó la cabeza y entonces su cuerpo cayó con gran estrépito en el mar.

Cuando Ravana vio a su hermano gigante muerto montó en su propio carro de batalla y lo condujo para pelear con Rama y vengar a su hermano. Tomó una flecha mágica y apuntó a Rama. Cada una de las flechas de Ravana se transformaba cuando volaban a través del aire.

Una flecha cambió en cabeza de tigre listo a morder, otra se volvió cabeza de serpiente con colmillos venenosos, mientras que una tercera se transformó en llama roja lista para quemar a Rama.

Éste también tenía flechas mágicas que se convertían en rayos dorados de sol y estrellas brillantes.

Se encontraron con las flechas de Ravana a mitad de camino y las flechas del demonio caían sin sus poderes a la tierra. Entonces Rama disparó flechas como rayos y ellas cortaron una tras otra las cabezas del rey demonio. Pero tan rápido como eran cortadas, otras cabezas crecían en su lugar.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

Finalmente Rama sacó una flecha de su aljaba y le susurró a la flecha una única palabra mágica que solamente él conocía. Entonces puso la flecha en el arco y la dejó volar.

Golpeó Ravana, el rey de los demonios, en el corazón, que entonces cayó al suelo y murió.

Ni dioses, ni espíritus podían matar a Ravana, pero el hombre Rama lo mató con el poder de una palabra mágica secreta.

Después de que Ravana cayera, los demonios huyeron desesperados. Abandonaron la isla y nunca jamás tuvieron el poder que habían poseído cuando Ravana era rey.

Sita salió de su encierro donde había sido retenida y juntos, ella y Rama, fueron felices otra vez. Estaban profundamente agradecidos por la maravillosa ayuda que les habían dado los monos. Así Rama le dijo a Hánuman:

—“De ahora en adelante, donde quieran que estén, quien recuerde la gran batalla contra Ravana, nunca lastimará o dañará a ningún mono”.

Hoy día, la gente de la India considera sagrados a los monos y por tanto no les harían daño por ningún motivo. Pero en ese entonces los catorce años que Rama tenía que mantenerse alejado de su reino, ya había pasado. Así él y Sita y el fiel Lákshmana volvieron al palacio.

Mientras estuvieron en el exilio, el padre de Rama había fallecido y su hermanastro se había hecho rey. Tan pronto como ellos llegaron, el hermanastro salió a su encuentro con alegría y le dio la coronan y el trono.

Rama y Sita gobernaron por muchos años. En todo ese tiempo que vivieron, nadie en su reino nunca cometió delito alguno. No hubo ladrones, ni asesinos, ni mentirosos o estafadores en el reinado de Rama.

Cuando Rama y Sita murieron fueron recibidos como los compañeros de los dioses del cielo. Y aún hoy día la gente de la India reza a Rama y a Sita.

Aportación: Colegio Waldorf Lima

Otras historias sobre **la Antigua India** se encuentran todas juntas en el enlace:
<https://ideaswaldorf.com/antigua-india-c-k/>